

Antonio Muñoz Molina

Volver a dónde



Antonio Muñoz Molina

Volver a dónde



Junio, 2020. *Ahora es cuando no tengo ganas de salir a la calle. El estado de alarma que acaba de ser abolido continúa vigente en mi espíritu. El mundo de después, sobre el que tanto se especulaba, ha resultado ser muy parecido al de antes, salvo por el incordio añadido de las mascarillas. A media mañana, en el calor seco y candente de Madrid —«un horno de ladrillo babilonio», decía Herman Melville del calor de Nueva York— el tráfico es el mismo de otros veranos, quizás con un grado mayor de encono, porque la temperatura sube cada año, y porque los conductores de coches y de motos parecen ansiosos por compensar el tiempo perdido, la gasolina no gastada, los cláxones no apretados con gustosa violencia durante meses de silencio. Este mundo de después, igual que el de antes, está habitado por adictos al ruido, al motor de explosión y a la quema de combustibles fósiles. El aire de esta calle en la que hace nada se oían los gorriones huele casi palpablemente a gasolina. En un atasco un conductor ofendido por algo se baja de su furgoneta, llega a zancadas al coche que tenía delante, intenta abrir la puerta y como no puede da puñetazos en la ventanilla. Por fin logra abrir la puerta: sujeta con las dos manos la camisa del conductor, que se defiende a puñetazos*

poco efectivos, porque el agresor es mucho más corpulento. Se dicen a gritos cosas terribles. Las dos caras enrojecidas de furia y de sudor y tapadas a medias por las mascarillas están muy cerca la una de la otra. En ese momento el tráfico empieza a moverse: ahora el conductor agresivo tiene que volver a toda prisa a su vehículo para eludir la furia de los que pitan contra él. Uno y otro sacan la cabeza por la ventanilla y continúan gritando y agitando los puños mientras conducen.

Aunque ahora pueda quedarme en la calle todo el tiempo que quiera procuro volver cuanto antes al refugio de mi casa, atronado por el ruido, por la violencia de la ciudad inhóspita. Sin la menor necesidad una brigada de operarios asistidos por excavadoras y por un camión cargado de alquitrán humeante están renovando el asfalto de un lado de la calle. Primero lo levantan con la pala dentada de la excavadora y después clavan en él las puntas de acero de los martillos neumáticos. En el calor ardiente los operarios llevan cascos de obra, guantes muy recios, gafas protectoras, mascarillas, pero no cascos para los oídos. El pavimento de la acera tiembla bajo las pisadas. Como han cortado el acceso de una calle lateral los coches atascados levantan un gran clamor de cláxones. Este es el mundo al que había tanta prisa por volver. Los pitidos del semáforo en verde se vuelven más cortos y más rápidos, pero el abuelo que cruza delante de mí arrastrando los pies no puede acelerar el paso. Los motores de los coches rugen de impaciencia en el mismo momento en que la luz verde y el diligente hombrecillo verde empiezan a parpadear. Miro hacia atrás desde la seguridad de la otra acera y el abuelo se ha quedado encallado en la mediana.

Inconfesablemente, hay cosas de las que siento nostalgia. A la caída de la tarde salgo al balcón y miro uno por uno los balcones y las ventanas a los que se asomaban a diario esos vecinos a los que nos unió durante más de dos meses la fraternidad del aplauso. Algunas de esas ventanas ya están tapadas por las copas de las acacias en las que por entonces aún no habían brotado las hojas. Las miro y me acuerdo bien de cada una de las personas que se asomaba a ellas: la anchura de la calle marca una distancia en la que no llegan a distinguirse bien los rasgos, pero sí los tipos humanos, la edad, hasta el carácter. Detrás de las figuras se atisbaba la intimidad distinta de cada vivienda. Si alguien no aparecía una tarde ya nos preocupábamos. Quien abría su ventana o se apoyaba en la baranda de su balcón saludaba con la mano, uno por uno, a los vecinos del otro lado de la calle: la señora mayor de pelo blanco que era la primera en aparecer, siempre uno o dos minutos antes de las ocho; las tres chicas con aspecto de compartir un piso de estudiantes, que se hacían selfies, ponían música y bailaban; el hombre de la barba y el pelo canosos y su mujer, los dos con un aire de progresistas veteranos, de haber sido jóvenes en los últimos setenta; la pareja más joven que a veces sacaba a la ventana un altavoz y ponía música, ella con el pelo muy corto, rubio pálido, siempre con una sudadera de capucha; la otra señora mayor que salía al balcón con un abrigo y unos incongruentes leotardos rojos; las dos hermanas de cierta edad que se asomaban perfectamente peinadas y vestidas, como arregladas para salir, con pañuelos estampados al cuello. Según pasaba el tiempo, seguir saliendo a aplaudir era una señal de vehemencia en la defensa de la sanidad pública: tam-

bién indicaba que uno pertenecía al grupo de los aplausos de las ocho, no al de las cacerolas de una hora más tarde. Las ventanas que se abrían a las nueve estaban bien cerradas a las ocho, y de ellas colgaban banderas españolas con crespones negros. Pero para un oído musical también había una belleza en el sonido de las cacerolas: era, sobre todo con una cierta lejanía, un clamor metálico como de música gamelán indonesia. También, esa hora del atardecer, a mí me despertaba asociaciones acústicas: era a esa hora cuando volvían del campo los rebaños de ovejas y cabras en los atardeceres de verano de mi infancia, levantando nubes de polvo por los caminos. En el primero de todos los atardeceres de *Don Quijote de la Mancha* suena el cuerno de un pastor que lleva de recogida una piara de cerdos. Hasta el balcón de mi casa de Madrid llegaba certeramente una memoria de veranos remotos. Al final había algo de tristeza en las fuerzas cada día más menguadas de los que seguíamos saliendo a aplaudir. Ya estaba permitido salir a dar paseos, y mientras nosotros aplaudíamos mucha gente iba descuidadamente a lo suyo por la calle, impacientes por adoptar cuanto antes una normalidad que aún no existía. Nuestros aplausos se escuchaban menos porque éramos muy pocos y porque ya había mucho más tráfico.

3

Como es 13 de junio, San Antonio de Padua, he llamado a mi madre para felicitarla por su santo, pero no estoy seguro de que se acordara. Ahora se le nota a veces que finge entender lo que se le está diciendo, pero que tiene una idea muy vaga, si acaso, o que estaba muy su-

mergida en sí misma, o tenía la mente en blanco, y tarda en volver, en despertar a lo que está delante de ella. Hasta hace unos pocos años era ella quien me llamaba a mí bien temprano, para felicitarme antes que nadie. El confinamiento no varió en casi nada su vida. Tampoco ahora cambia nada, porque ya no sale a la calle, ni siquiera los miércoles, que era cuando iba antes a la peluquería. Iba caminando despacio, del brazo de mi hermana o de la chica que la cuida. Después empezaron a llevarla en la silla de ruedas. Pero las aceras en el Puerto de Santa María son estrechas y con muchos desniveles, y con frecuencia están bloqueadas por los coches. La he llamado y por el tono de su voz me doy cuenta de lo ausente que estaba. Desde hace meses mi trato con las personas cercanas es solo a través de sus voces. El teléfono me permite una sensación de intimidad mucho mayor que las videoconferencias. La voz sola favorece la cercanía más que la voz y las imágenes.

Mi madre tuvo una voz joven hasta hace no muchos años. La llamaba por teléfono y al escuchar su voz regresaba a otro tiempo. Ahora es ya sin remedio la voz de una anciana. Le pregunto quién la ha llamado ya para felicitarla, y dice: «mucha gente», pero sospecho que si le preguntara nombres no sabría decírmelos. Hasta hace nada enumeraba con orgullo todas las personas que la habían llamado: sus hermanos, sus primos de Barcelona, sus nietos, vecinas de San Lorenzo que la echan de menos. Estará sentada delante de su mesa con el atril de lectura, en la habitación que mi hermana ha preparado para ella en su casa, con libros, una cesta de costura que ya casi no usa, un televisor, una ventana que da a terrazas y tapias de jardines. Me cuenta que ha estado resfriada, pero que ya se encuentra mejor, y que no tiene miedo. Con la voz del

todo lúcida ahora me dice: «Yo ya sé que no soy eterna. Cuando me tenga que ir me iré, tan a gusto. Con eso yo estoy conforme. Lo que no quiero es que sufráis por mí. Quiero que os quedéis con un buen recuerdo».

4

Fue hace nada, y es como si hiciera mucho tiempo. Ayer mismo, de pronto, es nunca jamás. Adquiríamos costumbres que se volvían invariables de un día para otro, y que dotaban de una forma pautada al curso de las horas del encierro. El aplauso de las ocho era una de ellas. También, para mí, el cuidado y el riego de las plantas del balcón, a las que hasta entonces no había hecho ningún caso. El riego automático se había estropeado y en medio del encierro nadie iba a venir a arreglarlo. Empecé a regar yo a mano, cada dos o tres días, ya de noche, cuando había menos peligro de que el agua cayera sobre algún viandante. Casi nadie pasaba entonces por la acera. Como había muy poco tráfico, por primera vez desde que nos mudamos a esta casa era agradable salir al balcón. Yo solo conocía los nombres de algunas plantas. No saber el nombre de una planta es no verla del todo. Conocía los geranios, la abelia, el jazmín, la glicinia, la albahaca, la hierbabuena, la menta, la parra virgen que desde el principio de mayo empezó a trepar de nuevo por la pared, la camelia, la fucsia, la gardenia. Al no venir la señora que trabaja en casa yo ya no tenía excusa para no cuidarlas. Hacía una ronda periódica de las plantas del balcón y las del interior. Lo que al principio me había parecido un fastidio poco a poco se convirtió en uno de esos hábitos que nos fueron ordenando la vida. La jardinería

y la huerta son oficios de gente sedentaria. A quien va de un lado a otro y de aeropuerto en aeropuerto las plantas se le mueren de negligencia y soledad. Todos los días del año mi padre bajaba a su huerta, incluso el Domingo de Ramos y el Viernes Santo. De lunes a sábado volvía del mercado a la hora de comer y se cambiaba los pantalones de tela por los de pana, la chaqueta blanca inmaculada de vendedor por la camisa y la chaqueta viejas de hortelano. El pantalón de ir a vender lo dejaba bien doblado sobre la butaca de su dormitorio, los zapatos lustrosos al pie de la cama. Mi padre era tan joven entonces como lo son ahora cualquiera de mis hijos o de sus amigos. El pelo se le puso blanco muy pronto, pero tenía una cara ancha y cordial que lo rejuvenecía. Cuando estaba en su puesto del mercado, rodeado de parroquianas habladoras, sonreía mucho y hacía bromas con ellas, con un talento natural de vendedor. En la huerta era serio y se concentraba mucho en el trabajo. Era en casa donde muchas veces se volvía callado y sombrío. Ponía mucha paciencia y esmero en enseñarme cosas de la huerta que yo no tenía ningún interés en aprender. Su perfeccionismo me irritaba, su amor metódico al trabajo, su convicción de que las cosas debían hacerse lo mejor posible aunque no fuera a sacarse ninguna recompensa. No haber hecho caso hasta ahora de las plantas del balcón me provocaba de pronto un remordimiento que tenía mucho que ver con la sombra tutelar de mi padre. Una tarde de finales de mayo, después del aplauso de las ocho, descubrí que en la tierra de una jardinera habían nacido quién sabe por qué tres plantas de tomates.

A principios de febrero parecía aún que lo propio de las calamidades era que les sucedieran a otros, que fueran muy lejanas. Ese era entonces el orden natural del mundo. En otros continentes había epidemias mortales, huracanes, tsunamis, terremotos. El virus se extendía por una ciudad china con nombre exótico que la hacía aún más remota, Wuhan. Era como una fantasía de futurismo asiático que se hubiera podido clausurar una ciudad de diez millones de habitantes. En el Cuerno de África, en Kenia, en Somalia, en Etiopía, oscurecían el cielo y arrasaban luego la tierra nubes de miles de millones de langostas como no se habían visto nunca antes, favorecidas por los trastornos del clima. Todo tenía una resonancia de plaga bíblica: primero una sequía devastadora, después inundaciones causadas por ciclones tropicales. Las variaciones climáticas extremas creaban las condiciones necesarias para la reproducción explosiva de los insectos. Con viento favorable las nubes de langostas podían avanzar más de ciento cincuenta kilómetros al día. El calentamiento global acentuaba la evaporación del agua del mar y por lo tanto la formación de tormentas. En diciembre había tres ciclones girando simultáneamente sobre el Índico. Las lluvias torrenciales sobre los desiertos de la península arábiga permitieron una reproducción excepcional de las langostas. Sus enjambres cruzaban luego el golfo de Adén hacia el Cuerno de África impulsadas por los vientos. En Kenia no se habían visto nubes así desde hacía 75 años. Un enjambre con un frente de un kilómetro de ancho puede comer en un día lo mismo que 35.000 personas. Comparativamente no hay ningún animal tan voraz como este insecto que no pesa ni dos gramos. En el periódico se veía

la foto de un hombre corriendo despavorido y agitando los brazos para apartar los torbellinos de langostas que volaban zumbando a su alrededor. Recorté la foto y la pegué en mi cuaderno.

6

Junto al portal de mi casa está la sede central de una agencia de viajes. La renovaron con gran lujo el año pasado. Antes había en el escaparate carteles de destinos turísticos. Ahora hay dos pantallas de alta definición en las que se proyectan videos de viajes a lugares lejanos, trineos tirados por perros corriendo sobre la nieve de Laponia, participantes en cruceros que danzan de noche alrededor de una hoguera en la plaza de una isla griega, geishas andando a pasitos cortos por un callejón de Kioto sombreado de almendros en flor. Cuando empezó el confinamiento la agencia de viajes quedó cerrada, como casi todo en Madrid, pero en las pantallas siguieron proyectándose sin pausa los videos de expediciones, de canoas avanzando al atardecer por bahías del sudeste asiático, de cruceros surcando el Caribe. Las pantallas estaban encendidas de día y de noche. Su claridad era tan poderosa que de noche se proyectaba hacia el otro lado de la calle, reflejándose como relámpagos dispersos en escaparates y ventanas. Las imágenes se sucedían a un ritmo hipnótico, siempre las mismas, aunque nadie las viera, grupos de jubilados en Disney World, una pareja de recién casados con albornoces blancos en la terraza de una cabaña de lujo, campesinos salvadoreños ofreciendo puñados de granos de café sostenible a turistas concienciados. El silencio de las imágenes es tan completo como el de la calle

desierta. Las pantallas iluminan la acera con su claridad convulsa.

7

Ahora he adquirido la costumbre de sentarme a la caída de la noche en el balcón. No es algo que haya decidido hacer. Me da la impresión de que cada vez hace falta decidir menos cosas. Las costumbres ya están asentadas cuando uno se vuelve consciente de ellas. Salgo al balcón, recién terminada la cena, en el anochecer caliente, con una copa en la que todavía queda un poco de vino, el último trago tan sabroso. Vengo a regar mis plantas y a hacerles compañía. Vengo a observar la vista desde mi tercer piso. El mundo tiene ahora dimensiones abarcables. Veo la esquina de la calle O'Donnell con Fernán González. Veo un poco más allá la torre de Valencia, que tapa la vista del Retiro, y un horizonte que se extiende en dirección a la Puerta de Alcalá, Cibeles, la Gran Vía. Ese horizonte se vuelve rojo en los atardeceres. Se hace de noche pero el cielo no está oscuro del todo. Se nota en el espectáculo del mundo la fatiga de estos días que son los más largos del año. Hay como una extenuación de la luz. Todavía quedan vencejos volando muy alto sobre las terrazas. En torno a la claridad de las farolas se ven revoloteando unos pocos insectos. Los enjambres de otros tiempos no muy lejanos ya han desaparecido: una hecatombe está sucediendo sin que casi nadie repare en ella, un apocalipsis secreto. A los vencejos, a los murciélagos y a las salamanquesas les será muy difícil encontrar alimento.

Hasta hace unos días esta era una hora misteriosa, hasta que terminó el estado de alarma. Casi todo estaba

todavía cerrado pero se permitía salir entre las ocho y las diez. Asomado al balcón yo miraba a la gente pasando por la calle, que estaba llena de voces, porque circulaban muy pocos coches. Voces y ladridos de perros, como en las lejanías de un pueblo. Paseaban de una manera muy antigua, como en otra época que vuelve por sorpresa a la memoria, cuando las personas, los sábados y los domingos a esta misma hora, paseaban por pasear, sin ir a ningún sitio en concreto, por el puro gusto de hacerlo, de ir charlando, de buscar con la mirada, de encontrarse por azar, sin haberse citado, mucha gente mezclada, cada pareja o cada grupo a lo suyo, a su ritmo, sin prisa, agotando el tiempo del paseo, que se terminaba a una cierta hora, y la calle se quedaba en silencio.

8

En los días de máximo rigor del encierro salir a la calle era una liberación. Era el gozo de respirar al aire libre, de ejercitar los músculos entumecidos por el sedentarismo, de cumplir tareas cotidianas que permitían un atisbo de normalidad: ir al supermercado, comprar el periódico, pasear a mi perra. Miraba de soslayo temiendo que apareciera un coche de la policía. Daba una vuelta a la manzana, y luego otra, a grandes zancadas. Me atrevía a alejarme un poco más, con la coartada de la perra que jadeaba a mi lado, con la de la bolsa de alimentos recién adquiridos, según podía demostrar el recibo que había tenido la precaución de guardar en la cartera. Cada mañana iba hacia el kiosco temiendo que lo hubieran cerrado: por un grado mayor de severidad en el confinamiento, o porque nadie más que yo se acercaba a comprar

el periódico. Leía a todas horas noticias en internet o las escuchaba en la radio pero necesitaba esa caminata diaria, el kiosco abierto, el kiosquero con su cara de desolación detrás de la mascarilla, el despliegue de titulares de los diarios, el papel satinado y los colores vivos de las revistas. Entonces no era obligatoria la mascarilla al aire libre, pero se recomendaba el uso de guantes. Había una caja de guantes de un plástico muy liviano a la entrada de los supermercados, y un vigilante de seguridad que no permitía pasar a quien no se los pusiera, aunque llevara mascarilla. Si uno traía sus propios guantes tenía que ponerse encima los otros. Era difícil coger las cosas con dos pares de guantes superpuestos, y más todavía sacar el dinero o la tarjeta, o marcar el número de seguridad en la caja. Yo entraba al supermercado y el vaho de mi aliento me empañaba los cristales de las gafas, y no podía ver nada. Me quitaba las gafas para evitar la neblina de los cristales empañados y veía aún menos.

9

Todo esto son recuerdos lejanos de hace solo unos meses. Paso las páginas de los cuadernos en los que apuntaba a diario todo lo que veía y en los que pegaba fotos, titulares, artículos, y me parece que estoy consultando un testimonio de otra época. Los primeros días de marzo, justo antes de que empezara el encierro, hacía un calor anticipado casi de verano. Las mujeres llevaban ya vestidos ligeros, sandalias, zapatillas de deporte, camisetas de tirantes. Las terrazas estaban abiertas hasta después de medianoche en la plaza de Felipe II, cerca de mi casa. De ellas ascendía un rumor antiguo de conversaciones en noches de vera-

no. En la esquina de Fernán González abrió muy anticipadamente la heladería Alboraya. La víspera del comienzo del estado de alarma la terraza de Alboraya fue la última en apagar las luces cuando ya todos los demás bares de la plaza estaban clausurados. Vi a una pareja que terminaba de tomarse sus helados tan apaciblemente como si estuvieran en un paseo marítimo, mientras los camareros recogían mesas y sillas y plegaban toldos, en el silencio que llenaba la plaza.

Poco después, aquellos días, según fue quedándose en silencio todo —no de la noche a la mañana, al principio, sino gradualmente, con zonas de normalidad y otras de cautela—, el tiempo empezó a cambiar también, retrocediendo al invierno. Las calles estaban vacías bajo cielos encapotados, y el tiempo parecía que se quedaba inmóvil a media mañana, con una luz gris sin horas precisas, con algo de llovizna y frío regresados. Las pocas figuras que se veían de lejos daban una impresión mayor de soledad porque iban abrigadas y hoscas. Madrid tenía amplitudes desiertas y llenas de silencio como de ciudad báltica en invierno, de antigua capital austrohúngara en un país comunista de los años cincuenta. La sensación quedaba confirmada por las colas de gente delante de los supermercados: colas de personas solas, muy separadas entre sí, recelosas de cualquier cercanía, abrigadas contra el frío, con grandes bolsas de compra, mascarillas, guantes azules de goma. Era como haber hecho un viaje a un país de otra latitud mucho más al este y al norte, de gente retraída, habituada a la escasez y a la contrariedad, sometida al silencio. Con la grisura de la luz se hacía más opresivo el confinamiento, al que solo estábamos empezando a acostumbrarnos. Caía una llovizna helada cuando salí en mi paseo con la perra Lolita, una de las primeras noches. No

había nadie. La lluvia participaba del silencio. Me sobresaltó la aparición de un repartidor de comida que salía de un portal, doblemente enmascarado con un pasamontañas y el casco de la moto. En aquella soledad oí una voz femenina que hablaba muy alto y una carcajada. Doblé la esquina para ver de quién procedía. Era una mujer que paseaba a un perro y hablaba a voces, reía y gesticulaba, con un teléfono de manos libres. Al fondo de la calle los autobuses iluminados y vacíos cruzaban como barcas por los canales de Ámsterdam. En el escaparate de la agencia de viajes un foco iluminaba la maqueta gigante de un crucero. Más que nunca daba una impresión de desmesura inútil, como la que darían sus modelos reales ahora deshabitados y atracados en los puertos turísticos. Un hombre solo y muy abrigado venía por la acera, arrimándose a la pared para evitar la llovizna.

10

Nadie previó lo que se avecinaba. A los pocos que sí lo hicieron nadie les prestó atención. Nadie, hasta unos días antes, fue capaz de prever el vuelco que todas las cosas iban a sufrir de un día para otro, la escalada de los muertos, los hospitales desbordados, los ancianos muertos y abandonados durante varios días en las residencias, la ciudad entera como en estado de sitio, la amplitud soviética de las avenidas sin tráfico, el silencio solo interrumpido por los pájaros y por las ambulancias. Yo mismo me negaba a ver la evidencia: por distracción, por miedo, por la jactancia de no seguir la corriente. Nadie, ni los más expertos, ni los que tenían la obligación y la responsabilidad de hacerlo, previó nada: pero a continuación

ya no había figura intelectual que no se pusiera a improvisar dictámenes sobre el porvenir, a emitir juicios imperativos sobre el significado de lo que estaba pasando. Había una prisa por interpretar, por levantar teorías, por hacer nuevas predicciones que estarían sin duda tan equivocadas como las que se hicieron un poco antes, aunque ya nadie se acordaría de ellas. A mí se me acentuaba una aversión instintiva a las abstracciones, a las opiniones, a los vaticinios. Mi único deseo, mi inclinación exclusiva, era observar en silencio, tomar nota, concentrarme en la parte de la calle que se ve desde mi balcón, en el escaso territorio autorizado para hacer la compra o pasear perros. Mis herramientas eran el cuaderno, la pluma, el tintero, los lápices, las tijeras, la barra de pegamento. Quería observar lo cercano como un explorador en un país desconocido. Salir a Madrid era a veces como haber llegado por primera vez a una inmensidad como la de la gran plaza de Cracovia, una mañana invernal de cielo bajo y blanco y llovizna. Quería observarme a mí mismo desde fuera, con atención pero sin ensimismamiento, observar el modo en que el encierro en nuestra casa durante tanto tiempo nos afectaba a Elvira y a mí. Pensaba en la concepción de la escritura que tenía Primo Levi, como el informe meticuloso sobre un experimento químico. Me acordaba de otros maestros consumados de la observación. A V. S. Naipaul le preguntaron por qué había permitido a su biógrafo, Patrick French, consultar los diarios de su esposa difunta, Pat, que lo retratan de una manera tan desfavorable, y él contestó: «*The record must be kept*». Quería fijarme en lo específico de este tiempo nuevo, lo concreto, lo que se olvida porque nadie le da importancia, lo que no aparece en los libros de historia, lo que no puede recordar más que quien lo ha vivido. Una vez le pedí a mi amigo

y traductor Philippe Bataillon que me contara pormenores sensoriales precisos de la Ocupación en París, que él vivió como un adolescente. Se quedó pensando, con un brillo de agudeza y de lejanía en sus ojos muy azules de anciano, y me dijo: «Me acuerdo del sonido de las chapas metálicas que los militares alemanes llevaban en los tacones de las botas. Uno los oía venir antes de verlos. Esos golpes metálicos resonaban muy fuerte en los pasillos del metro».

11

Es muy raro haber tardado tanto en abrir los ojos, en cobrar conciencia del peligro, de lo que empezaba a suceder cada vez más cerca y sin embargo parecía que a nosotros no fuera a afectarnos. A mediados de febrero Elvira fue a Milán a dar unas conferencias y pasar unos días con su amiga Teresa. Teresa tenía una tos seca y constante pero decía que no era más que un catarro. Elvira me llamó por teléfono a medianoche y me dijo que oía a Teresa toser en la cama, en la habitación de al lado. En las noticias de la radio dijeron como de pasada que se habían registrado varios casos de coronavirus en Milán. Elvira estaba alarmada, impaciente por volver. Yo pensaba que era demasiado aprensiva. Cuando volviera a España tenía previstos varios viajes más, presentaciones de su novela recién publicada: Sevilla, Barcelona, Bilbao. Después iríamos juntos a Gante, para ver la gran exposición de Jan van Eyck. Los periódicos estaban llenos de fotos de gente con mascarilla, siempre en sitios remotos, en China, Corea, Taiwán, Hong Kong, donde la mascarilla parecía una prenda común, entre exótica y paranoica. Yo recortaba esas fotos

y las pegaba en un cuaderno. Cuando Elvira volvió a Madrid, le extrañó que en el aeropuerto no hubiera controles de temperatura. Elvira se encontraba resfriada, con mareos, con la fatiga de los madrugones y los aeropuertos. Se echó a media mañana en el diván y tenía escalofríos. Yo pensaba que podía ser algo de autosugestión. Llamaba a un teléfono de urgencias que venía en la página web del Ministerio de Sanidad pero solo escuchaba un mensaje grabado. Al cabo de unos días ya estaba mejor.

12

26 de febrero. *Las cosas poco a poco se acercan. En España ya hay contagiados del virus que han venido del norte de Italia. El miedo de Elvira estaba más justificado de lo que yo creía. Esta mañana, a las 10, fue a la guardería a recoger a Leonor, y de pronto cayó en la cuenta de que al haber venido de Milán está en lo que llaman un grupo de riesgo. En la puerta de la guardería decidió no entrar. Las mascarillas se han agotado en las farmacias de Madrid. Sin que nos diéramos mucha cuenta las mascarillas se han vuelto omnipresentes en los periódicos y en las imágenes de la televisión. Yo lo veo todo como detrás de una pantalla empañada de indiferencia, como no queriendo o no sabiendo aceptar lo que ocurre por miedo, en el fondo, a que la realidad sea tan amenazadora que no haya forma posible de resistirse a ella, de ponerse a salvo.*

Me ocurrió algo muy parecido en Nueva York, cuando el 11 de Septiembre. Elvira estaba obsesionada, angustiada, alerta a cualquier indicio nuevo de peligro, deseando marcharse cuanto antes de aquella ciudad amenazada, de aquella isla sin escapatoria. Yo tenía una tranquilidad que

a ella la sacaba de quicio. Simplemente yo no podía aceptar la posibilidad de que las cosas fueran a peor. Me ensimismaba en mis trabajos y en mis aficiones, o en mis pesadumbres difusas, como hago estos días. Ahora, como entonces, es muy difícil para mí aceptar la idea de que todo pueda hundirse en cualquier momento, de que se va a acabar la comida en el supermercado, de que no habrá metro o autobuses, de que no se podrá salir de una ciudad, como pasa ahora mismo en Italia y en China.

13

No llego a acostumbrarme a este Madrid de lo que llaman nueva normalidad, como el que no se adapta a su ciudad después de una estancia de cierto tiempo en otro país. Unas veces parece el Madrid de antes y otras me parece otro, más agrio, más desalentado, en el que todo el mundo lleva mascarilla y mira al suelo y habla por teléfono o mira y teclea en una pantalla, en línea recta, sin mirar al frente, en una trayectoria robótica. En el calor tórrido de la mañana hay vallas cortando el tráfico y un clamor de cláxones que no llegan a prevalecer sobre el estruendo de los martillos neumáticos y las excavadoras y el alarido de las ambulancias y los camiones de bomberos. El escaparate de una tienda de ropa está cruzado de letreros tan alarmantes como titulares de periódico o anuncios de un apocalipsis: ÚLTIMOS DÍAS, REMATE FINAL. En la esquina de Fernán González con Duque de Sesto, cerca de los contenedores de vidrio y de papel y cartón, un hombre duerme tirado en posición fetal en un colchón sucio y medio desgarrado. Por la puntera de un calcetín roto asoma una uña curva y negra. El hombre tiene la ca-

beza rapada, la cara roja de intemperie y alcohol. Bajo un brazo con tatuajes carcelarios sujeta un botín que ha debido de recoger de la basura de un supermercado: una bolsa de pan de molde, otra de magdalenas, un cartón de yogures. El colchón ocupa toda la esquina. El hombre duerme con una respiración agitada y profunda y el sol de la mañana que asciende sobre los aleros ha empezado a darle en la cara. Él se encoge más todavía en sueños, se protege sin éxito con la bolsa de pan y la de magdalenas. La gente se aparta sin mirarlo y sigue su camino, con esa urgencia matinal que también ha regresado, la prisa que durante un tiempo dejó de ser visible. En la persiana metálica de una peluquería de mujeres hay un letrero escrito a mano y pegado con cinta adhesiva: CERRADO DEFINITIVAMENTE.

14

La epidemia se propagaba por los noticiarios y los periódicos y también empezaba a filtrarse a los sueños. El género más frecuente en los míos es el de las cadenas agotadoras de imposibilidades. Soñé que estaba en una ciudad francesa, en uno de esos hoteles confortables y anticuados que allí son tan comunes. No podía volver a España porque a causa del coronavirus se habían cerrado las fronteras. Que las fronteras se cerraran de golpe era entonces algo que parecía solo verosímil en los malos sueños. Había un último vuelo que yo podría tomar si me daba mucha prisa. Estaba por fin en el avión, con los motores en marcha, el cinturón ajustado, pero en el último momento el comandante avisaba por la megafonía de que el vuelo había sido cancelado. Desperté en la oscuridad y tardé

en caer en la cuenta de que estaba en mi casa y en mi cama, no atrapado en Francia. En la vida diurna desaparecía mi clarividencia, más aún cuando me quedaba solo y podía perderme con más facilidad en mis lecturas y en mis imaginaciones y quimeras, en mi destreza para aislarme de la realidad. Iba por la calle y recibí un mensaje de Elvira desde Sevilla: «La gente se ha vuelto loca comprando en los supermercados». Pero un rato después pasé junto a un Carrefour y no vi nada anormal. Vi algo más allá a un hombre que empujaba un carrito lleno de cosas y llevaba en equilibrio sobre la cabeza un paquete gigante de papel higiénico. Entré por curiosidad en el OpenCor y había tal vez más gente de lo normal a esa hora, pero las estanterías estaban bien abastecidas, y ni siquiera se había formado cola en la caja. Un taxista me dijo que todo aquello lo habían organizado «los de arriba», para meternos en cintura. Bajó la voz para asegurarme en confianza que la culpa de todo la tenían los perros, que eran ellos los que transmitían el virus: el gobierno y las asociaciones animalistas querían ocultarlo para evitar una matanza general.

15

14 de marzo. *La sensación de retiro y encierro se acentúa: la súbita, chocante simplificación radical de la vida. Elvira ha vuelto de Sevilla con el gran alivio de que mañana no tendrá que viajar a Barcelona. Todos los viajes que tenía por delante se han suspendido. Todas las páginas futuras de la agenda se han quedado en blanco. De la noche a la mañana la palabrería y la gesticulación irresponsable de la clase política están sometidas al choque brutal con la*

realidad. Ahora nos damos cuenta de todas las cosas que parecían necesarias y urgentes y de pronto carecen de importancia; y nos damos cuenta al mismo tiempo de cuáles son las que importan de verdad, y del poco caso que se les ha hecho, y de los procesos de degradación, abandono, incluso liquidación, a los que llevan años sometidas: la sanidad pública, la primera de todas. Nadie sabe qué va a pasar.

16

Ahora que parece que todo ha pasado, o casi, es cuando tengo miedo, cuando solo me siento seguro de verdad quedándome en mi casa, sentado en esta silla de jardín, a la caída de la noche, mirando desde una distancia segura a la gente que pasa por la calle, jóvenes en grupos a veces, sin mascarillas, muy cerca los unos de los otros, deportistas que bufan lanzando a su alrededor gotículas y aerosoles de saliva. Ahora hemos aprendido muchas palabras específicas. Al principio, en vísperas del confinamiento, el miedo me lo vedaba la pura inconsciencia, la parte que me correspondía de la ceguera colectiva. Después, ya encerrados, en ningún momento me sentí de verdad vulnerable. No tenía contacto físico con casi nadie. A las tiendas entraba con mascarilla y con guantes y en la puerta había siempre alguien que echaba gel hidroalcohólico en las manos. En el interior del supermercado el control estricto de la gente que entraba permitía mantener la distancia. Nos movíamos unos y otros entre los estantes con un aire de misantropía recelosa. Cuando salía a primera hora de la mañana o después de medianoche a pasear a mi perra no me cruzaba con nadie. Si veía a alguien acercarse al fondo de la calle uno de los dos cambiaba de acera.

Pero anoche doblé una esquina y me vi de golpe en medio de un grupo de gente joven que ocupaba la acera e invadía la calzada, sin mascarillas, sin precaución ninguna, bebiendo y dejando por el suelo un rastro de botellas vacías, vasos de plástico, bolsas de plástico con comida. Había un ensañamiento nervioso en las carcajadas, en la alegría de pisar ruidosamente un vaso de plástico o de tirar una botella contra una pared. A la mañana siguiente todo seguía lleno de basura. Olía a alcohol agrio, a meada y a vómito. El mundo de después es una mala copia del mundo de antes. En la televisión se ven imágenes de un botellón masivo en un parque de Barcelona, en el que hasta hace unos días habrá crecido sin estorbo la vegetación y habrán habitado los pájaros. En el periódico viene una foto de una calle de Londres la primera noche en la que han vuelto a abrirse los pubs. Un hombre joven, flaco, en calzoncillos, en medio de una multitud, alza una botella de ginebra en una mano y la vierte sobre su propia boca muy abierta, y la ginebra le empapa la cara y el pelo y le chorrea por el cuerpo.